

**PROGRAMA IECO DE LOS GRANDES LIBROS**  
*Formar mentes grandes para el siglo XXI*  
**3ºCURSO: “El susurro al oído”**

**SESIÓN 2. Intimidad comunicativa y razón abierta en García Morente.**  
**Conversos y creyentes en el pensamiento español**

Lectura: *El hecho extraordinario*, de Manuel García Morente

Ponente: Prof. Dr. Agustín Domingo

16 de febrero de 2021, 18:30 h.-20:00 h.

## Intimidad comunicativa y razón abierta en García Morente. Conversos y creyentes en el pensamiento español

### Texto 1

#### **EL HECHO EXTRAORDINARIO** **(extracto)**

No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello —Él allí— durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía. Era como una suspensión de todo lo que en el cuerpo pesa y gravita, una sutileza tan delicada de toda mi materia, que dijérase no tenía corporeidad, como si yo todo hubiese sido transformado en un suspiro o céfiro o hálito. Era una caricia infinitamente suave, impalpable, incorpórea, que emanaba Él y que me envolvía y me sustentaba en vilo, como la madre que tiene en sus brazos al niño. Pero sin ninguna sensación concreta de tacto.

¿Cómo terminó la estancia de Él allí? Tampoco lo sé. Terminó. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes estaba Él aún allí, y yo le percibía y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano que he dicho. Una milésima de segundo después, ya Él no estaba allí, ya no había nadie en la habitación ya estaba yo pesadamente gravitando sobre el suelo y sentía mis miembros y mi cuerpo sosteniéndose por el esfuerzo natural de los músculos.

¿Cuánto tiempo duró su presencia? Ya he dicho que no lo sé. Intentando retrospectivamente computarlo, hice el siguiente cálculo. Debí quedarme dormido poco después del momento en que sonaron las doce en el relojito de pared. Suponiendo que durmiera un par de horas, mi despertar sobresaltado ante la inminencia del hecho debió ocurrir hacia las dos de la madrugada. Cuando Él desapareció caí de nuevo en el sillón delante de la ventana abierta, y recuerdo perfectamente que frente a la casa, por la vía férrea —el boulevard Sérurier está en el extremo este de París— pasó un tren que *venía*. Unos días después fui sigilosamente a informarme de los trenes, y comprobé que a las tres y minutos de la madrugada llegaba a aquella estación un mercancías diariamente. Según esto, debió durar su presencia poco más de una hora. Lo que se confirma, en cierto modo, por el recuerdo de haber oído yo, mucho más tarde, sonar las cuatro en el relojito de pared. Supongo, pues, que su presencia comenzó hacia las dos y terminó poco después de las tres de la madrugada. Pero estos cálculos pueden ser muy bien erróneos. Puede ser que yo haya dormido más de dos horas, y que su presencia haya empezado mucho después de las dos. Puede ser también que el tren haya pasado con retraso. Puede ser, por consiguiente, que su presencia no haya durado más que minutos o incluso un brevísimo instante. No tengo sobre esto ninguna convicción firme.

Ahora permítame usted que de las infinitas reflexiones que yo mismo objetiva y serenamente he hecho sobre este acontecimiento, le comunique algunas que quizá puedan ayudar a usted a formar juicio.

La formulación psicológica del Hecho podría ser la siguiente: *una percepción sin sensaciones*. Sin duda, en buena ciencia psicológica, no se concibe bien que pueda existir percepción sin sensaciones. Las sensaciones no faltan nunca ni en la alucinación. Ello procede de que el acto de percibir una presencia o a la presencia de un objeto es un acto del compuesto humano en donde necesariamente intervienen los órganos corpóreos sensoriales, los sentidos, y la alucinación es un funcionamiento subjetivo de todo el aparato psicofísico, aunque sin realidad objetiva alguna de lo representado como presente. Pero el Hecho por mí vivido se caracteriza por la total *ausencia* de sensaciones. Dijérase una percepción por el alma sola, sin auxilio del cuerpo condicionante. Y si a la tal percepción por sola el alma no quiere dársele el nombre de percepción, llámesele como se quiera; en todo caso el hecho es una intuición de presencia desprovista de toda condicionalidad corpórea (sensación).

Como el recuerdo del Hecho vivido por mí no se aparta de mi espíritu, y no ha habido día, desde que me aconteció, que no lo rememore y piense en él, poco o mucho, no es extraño que en mis lecturas esté siempre atento a ver si encuentro descrito en alguna parte algo que yo experimenté.

Hace poco leí un pasaje de santa Teresa en donde se describe algo parecido. Está en el capítulo XXVII de la *Vida*, y dice así: «Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecíame estaba junto cabe mí Cristo y veía ser Él el que me hablaba, a mí parecer...Luego fui a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntóme en qué forma le

veía. Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender estaba cabe mi y lo veía claro y sentía...». Tenga usted en cuenta que la terminología de santa Teresa carece de rigor psicológico; ello explica la aparente contradicción en su texto, cuando dice que *no le veía* y pocas líneas después que *lo veía claro*. Porque cuando dice que no le veía, quiere decir que no tenía *sensación visual*, y cuando dice que *lo veía claro y sentía*, quiere decir que lo *percibía e intuía* sin sensaciones

GARCÍA MORENTE, MANUEL (1996), *El hecho extraordinario*, Obras completas, Fundación Caja Madrid - Anthropos, Ed. de J. M Palacios y R. Rovira, pp. 434-435.

## Texto 2

### EL HECHO EXTRAORDINARIO (extracto)

Pero yo tengo una imaginación y una sensibilidad quizá más intensas y abundantes de lo que es corriente, circunstancia ésta que con frecuencia me causa padecimientos morales y reacciones interiores más intensas de lo que es corriente. Y aunque generalmente domino y contengo ese exceso de sensibilidad e imaginación, merced a una facultad de autocrítica o de autoobservación, que el estudio filosófico y la afición a meditaciones solitarias han desarrollado en mí, sin embargo, no es nada imposible, sino, por el contrario, muy probable, que en ocasiones excepcionalísimas, como esta ocasión única de la profunda crisis anteriormente descrita, la sensibilidad y la imaginación, fuertemente conmovidas y mal reprimidas, se hayan precipitado en concreciones informes, conduciéndome a una especie de alucinación sin sensaciones concomitantes. No encuentro otra manera de explicar la vivencia que experimenté en esa noche inolvidable para mí. Porque me resisto resueltamente a pensar que a mí, tan depravado y miserable, haya querido Dios concederme un minuto siquiera de su presencia.

A lo sumo, podría quizá suponer que Dios, queriendo afianzar mi conversación con una gracia tan profunda que se me grabase inolvidablemente en mi alma, permitió que se produjese en mi mente ese fenómeno no subjetivo cuyo recuerdo indeleble fuese capaz de ayudarme a perseverar victorioso frente a todas las asechanzas, dificultades e inconvenientes que por necesidad habían de oponerse a mi vocación.

Éste es, pues, principalmente el objetivo de mi consulta a usted, don José María. A nadie en el mundo, ni aun, en confesión, he hablado jamás de las cosas que contiene esta tan larga relación. Ni pienso, ni deseo, ni siquiera jamás hablar de ello con nadie ni a nadie, a no ser, claro está, que usted me lo mandase. Es más: siento tan profundo pudor y tanta vergüenza de estas cosas, que un año que hace que me he puesto bajo su dirección, no me he atrevido hasta ahora a decir a usted mismo nada de ello. Mi más profundo

deseo sería conocer su opinión y su consejo y no volver ni a aludir a esto siquiera ni aun con usted mismo.

Antes de terminar, quizá le convenga a usted saber algunas circunstancias posteriores relacionadas con el Hecho.

Hace ya más de tres años que aconteció. Desde entonces nada he vuelto a notar en mí que se parezca a lo que suele llamarse estados extraordinarios o sobrenaturales. Mi vida espiritual ha seguido un curso normal y robusto. He ofrecido a Dios todos los padecimientos morales que necesariamente mi conversión ha traído consigo, y que no han sido pocos. Siempre el recuerdo del Hecho ha constituido para mí un consuelo extraordinariamente eficaz, y me ha servido de escudo y me ha ayudado a triunfar en todas las dificultades y adversidades.

Al principio, o sea, durante aproximadamente un año y medio después de sucedido, deseaba a veces que algo más o menos parecido se repitiera en mí, y a veces, aunque pocas, lo pedí a Dios. Pero ya antes de conocer a usted había cancelado definitivamente esos deseos y peticiones. Sometido a la voluntad de Dios, no apetezco ni pido nada de eso; es más: me asusta la idea de que algo parecido pueda repetirse, y lo que pido a Dios es que nos se turbe la paz que he logrado en mi alma. Mi único anhelo y mi petición constante es que Nuestro Señor me conserve la fe, en la que desde entonces no he flaqueado un momento, ni aun cuando comencé el estudio —tan peligroso para mí, de la teología dogmática. Que me conserve la fe íntegra y me dé su gracia para servirle con honradez y fidelidad, con dedicación plena y total hasta el límite de mis ya escasas fuerzas. Que conserve en mi alma la paz de que disfruto y que, a mi parecer, no es fácil ya de perturbar si la protección de Dios no me abandona.

Añadiré a usted algunos datos concretos. Al día siguiente del Hecho tomé ya la resolución de consagrarme a Dios y abrazar el estado sacerdotal. Pero como el porvenir estaba tan oscuro, sombrío e incierto, y no era cosa, en aquellos días de mayo de 1937, de realizar actos definitivos, como además comprendía que necesitaba aquilatar y purificar mi alma y probar la capacidad de perseverancia que en ella hubiera, aplacé prudentemente toda manifestación exterior.

El día 3 de mayo recibí carta de mis hijas, que ya se habían trasladado a Barcelona, instalándose en casa de nuestros buenos parientes. Entonces, y viendo que la guerra iba para largo, pensé que mejor sería abandonar París y reducirme a la mayor soledad y retiro posibles. El trabajo del diccionario, con que ganaba mi sustento, podía hacerlo igualmente en cualquier otro lugar apartado. Recordé que un amigo mío, sacerdote francés, el abate Pierre Jobit, que entonces vivía en Angulema —actualmente reside en Madrid—, era muy familiar de los benedictinos de la Abadía de Ligugé, cerca de Poitiers. El lugar, que yo conocía por visita de turismo, me gustaba por lo apartado, frondoso y apacible. Escribí, pues, al abate Jobit, y por medio de él me puse en relación epistolar con el abad de Ligugé, que tuvo la bondad de admitirme como huésped en su convento.

Ya me disponía al viaje cuando recibí la noticia de la inminente llegada de mis hijas a París.

GARCÍA MORENTE, MANUEL (1996), *El hecho extraordinario*, Obras completas, Fundación Caja Madrid - Anthropos, Ed. de J. M Palacios y R. Rovira, pp. 438-439.

### **Breve bibliografía**

GARCÍA MORENTE, MANUEL (1996). *Obras completas/Manuel García Morente*; edición de Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira. Anthropos.